

En el segundo trimestre del año, la economía española se contrajo un 0,1%. Es una caída pequeña, inferior a la registrada entre enero y marzo (-0,4%), pero supone el noveno trimestre consecutivo en negativo.

A diferencia de otros países, España apenas ha tenido un momento de respiro desde el inicio de la crisis, en el verano de 2007. Salvo unos meses de alivio en 2011, no ha habido tregua. El gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero cometió muchísimos errores, y entre ellos, el peor, negar la existencia de la propia crisis durante mucho tiempo. Cuando quiso reaccionar, tomó las peores decisiones posibles, como aumentar el gasto público son programas sin perspectiva. Cuando en mayo de 2010 empezó a seguir las recomendaciones de la Unión Europea y Alemania, ya era demasiado tarde.

Mariano Rajoy llegó al poder en diciembre de 2012. En los casi dos años que lleva al frente del Gobierno ha puesto en marchas numerosas medidas y un proceso de recortes, contención del gasto y reducción del déficit, incluyendo los que él calificó como “los Presupuestos más austeros de la Democracia”, desde el final de la Dictadura.

Si embargo, el balance de la economía española en estos tres años de reformas y consolidación fiscal no es muy positivo. Zapatero prometió en 2011 que el déficit público acabaría ese año en el 6% del Producto Interior Bruto (GDP). La realidad es que, tras incumplir una y otra vez sus objetivos, España intentará cerrar 2013 con un déficit del 6,5%.

El desempleo es una auténtica pesadilla. En el segundo trimestre del año, la tasa de paro era del 26,26%, una cantidad inconcebible en cualquier otro país occidental. Casi seis millones de personas sin trabajo, más del 50% entre los jóvenes.

Desde junio de 2009, el Estado dedicado 61.366 millones de euros para ayudar a los bancos y las cajas de ahorros, y ello sin contar el dinero del ‘banco malo’ y algunos esquemas de protección de activos. Y de ellos, el Banco de España ya asume que podría no recuperar hasta 36.000 millones. Muchos de ellos pagados con el dinero del rescate aportado por la Unión Europea.

Al contrario de lo prometido en el programa electoral del Partido Popular, los impuestos han subido como nunca antes (el IVA, el IRPF, impuestos indirectos, los locales), pero la recaudación no aumenta. Además, la renta de las familias, el dinero del que disponen, está en mínimos, lo que repercute en la caída del consumo y en el cierre de miles de empresas, restaurantes y tiendas.

Por si fuera poco, la lucha contra el déficit ha supuesto que el nivel de la deuda pública aumente de forma muy peligrosa. Desde el 36% del PIB en 2007 (30 puntos menos que Alemania) hasta rozar el 90% el año pasado e ir camino del 100%.

¿Cuáles son los aspectos positivos? Lo que los últimos seis años de contracción y recesión han traído son, al menos, unas cuantas reformas en la buena dirección.

Las reformas son muy impopulares. El PP, el partido del Gobierno, ganó las elecciones con una mayoría absoluta increíble, con la capacidad de hacer todos los cambios que estimara oportuno para sacar al país de la crisis. Pero, sobre todo, para sentar las bases de una

economía a largo plazo. Por desgracia, aunque ha ido en la buena dirección, el Ejecutivo ha optado más por los recortes que por las verdaderas reformas.

La del sistema financiero quizás era necesaria, pero resultó muy costosa. De haberse hecho años antes, como otros países, el resultado habría sido otro. Y todavía no ha terminado, pues sigue habiendo dudas entre los inversores sobre las necesidades de capital de las entidades financieras.

Estos días, precisamente, el Gobierno está trabajando en una reforma para el Sistema de Pensiones, que llega muchos años tarde y que quizás no sea suficiente para garantizar la sostenibilidad del sistema, pero que al menos introduce nuevos indicadores para intentar que los problemas demográficos no arruinen el retiro de millones de personas.

La reforma del mercado laboral ha sido positiva, pero se ha quedado a medio camino. Tras un año de aplicación es muy difícil valorar sus efectos. Los sindicatos la atacan de forma muy dura porque el desempleo no para de aumentar y porque casi todo el trabajo que se logra crear es temporal. Los liberales la critican por no haber sido más profunda, pues no ha eliminado el principal problema del mercado laboral español: la enorme dualidad entre los trabajadores con un contrato indefinido y los trabajadores temporales.

En todo caso, durante una recesión nunca se crea empleo. Históricamente España ha necesitado tasas de crecimiento cercanas al 2% del PIB para generar puestos de trabajo. Ahora, los expertos señalan que con la reforma es posible hacerlo con menos, pero no mientras las tasas sigan en negativo.

Muy relacionado con todo ello está el que es el mejor indicador de la economía española. La única luz que junto al turismo, que se ha visto muy beneficiado por las tensiones políticas y los enfrentamientos en Turquía, Egipto y Siria, brilla: las exportaciones.

En los seis primeros meses del año, las exportaciones españolas ascendieron a 118.722 millones de euros, un 8% más que en el mismo periodo del año anterior. La cantidad supone el mejor dato en términos absolutos desde que se empezó a contabilizar la serie histórica, en 1971. Los expertos creen que el sector exterior no será capaz de generar por sí solo la recuperación, pero sí podría ser el "motor de arranque".

En 2007, nuestro país exportaba algo más de 185.000 millones de euros, pero importaba 285.000, con lo que el saldo se situaba en el entorno de los 100.000 millones. Es decir, que en el céntimo de la burbuja inmobiliaria, el déficit por cuenta corriente del país estaba en el 10% del PIB. En 2012, sin embargo, España logró exportar bienes y servicios por valor de 222.643 millones de euros, dejando el saldo en algo menos de 18.000 millones. Y el Gobierno espera cerrar 2013 cerca de los 240.000. Sin superávit comercial "todavía", pero con un déficit "en el entorno del 1% del PIB".

Y todo ello gracias a las importantes mejoras en la productividad y la competitividad de las empresas españolas, que han despedido, rebajado los sueldos y reducido los costes de producción. El ministro Schäuble lo reconocía hace tan solo unos días en una entrevista en la que ponía justamente a España como modelo de lugar en el que los ajustes funcionan. Esta

misma semana, además, los datos de Producción Industrial de Markit muestran la primera expansión desde abril de 2011 en España.

Además, poco a poco, la confianza parece que ha vuelto a los mercados. La prima de riesgo, el diferencial con el bono alemán a 10 años, está en el entorno de los 250 puntos, muy cerca de la de Italia, cuando el año pasado, en verano, se acercaba a los 650. En julio de 2012, los inversores extranjeros sacaron de España 56.631 millones de euros. La salida de capitales el mes pasado, en cambio, fue únicamente de 541 millones de euros.

La situación ha mejorado muchísimo en pocos meses. Gracias al Banco Central Europeo, a la mejora de la situación en otros países y a las reformas y ajustes aquí. Es innegable. El ministro de Economía, Luis de Guindos, asegura incluso que en la segunda mitad de este año se acabará la recesión. El crecimiento será muy poco, del 0 al 0.2% del PIB, pero pondría fin a más de dos años de caídas.

¿Qué papel juega Alemania en todo el proceso? Durante mucho tiempo, en especial a finales del año pasado, la canciller Merkel fue una de las peores pesadillas del Gobierno español. Socios en teoría, Berlín presionó a Madrid mucho más de lo que Rajoy y sus ministros esperaban. Pensaban que la canciller tendría más confianza en ellos, más sintonía, y que daría más margen de maniobra. Pero no fue así.

Ahora, sin embargo, se habla poco de Alemania. Ni de Merkel, ni de Schäuble, ni de Weidmann, ni de Jürgen Stark, ni de Hans-Werner Sinn, personajes que el año pasado estaban presentes todo el tiempo en los medios de comunicación y las discusiones. Y no para bien.

Merkel no genera ninguna simpatía. Muchos, la mayoría seguramente, querrían que fuera derrotada por Steinbrück, del que no se sabe absolutamente nada, salvo que no es ella.

Los españoles no le piden mucho a la canciller y su Gobierno ahora mismo. Se conforman con que, al igual que en los últimos meses, no “molesten” demasiado, en el sentido de no poner demasiados impedimentos. Que afloje un poco la presión. Encauzadas las reformas, que se permita a la economía española centrarse en el crecimiento.

Sin la austeridad y los ajustes seguramente no podríamos haber llegado hasta este punto, pero sin tasas positivas en el PIB, los esfuerzos pueden ser en balde, con una población con menos renta, menor poder adquisitivo, una jubilación más alta y un paro que no se frena.

A España quizás le favorecería una posición más relajada por parte de Berlín en lo que respecta a las OMT (Outright Monetary Transactions del ECB), eurobonos, una unión bancaria plena, ceder más competencias, un fondo para el desempleo o para programas de empleo. O quizás no. Pero eso a los ciudadanos no les importa demasiado.

Los españoles necesitan, principalmente, que vuelva el crédito y que las empresas se financien de una forma más barata, pues como ha destacado repetidas veces la propia canciller Merkel, lo hacen a tipos de interés muy desiguales de forma no muy lógica. Necesitan volver a la “normalidad y lo antes posible.

No a la misma situación de 2007. Los tiempos de antes de la crisis se han ido y España asume que las próximas décadas van a ser muy difíciles, pues todavía no hay un modelo productivo con garantías para el futuro.

España sabe que el dinero barato y las casas que siempre suben de precio se han ido para siempre. Que la competencia es mayor que nunca y que hay que vencer más barato. Pero cuando la parte más dura del trabajo, tras varios años de austeridad, ya se ha llevado a cabo, quizás se pueda dar algo más de tiempo para completar el resto.

Queda mucho trabajo por hacer, reformas de calado para el siglo XXI, pero quizás sea más fácil ponerlas en marcha y completarlas cuando la economía vaya hacia arriba, y no mientras dure la recesión. El Gobierno de Rajoy siempre ha dicho que “cree” en las reformas, que no es una obligación de Berlín, sino una necesidad. La clave está en hacerlo a un ritmo lo suficientemente rápido para terminar la carrera a tiempo, pero no tanto como para morir asfixiados a mitad de camino.

Ni dinero, ni caridad ni excepciones. Tiempo, paciencia y confianza. Eso es lo que España necesita y le pide al próximo canciller alemán. No parece una petición descabellada.